

LUIS ANGEL ROJO: Ensayos de Economía y pensamiento económico. Universidad de Alicante, Valencia, 2004. ISBN: 84-7908-793-5, 548 páginas.

Se reúnen en este libro, de muy cuidada edición, quince trabajos del profesor Rojo, fruto de la dedicación universitaria y de su actividad en el Banco de España; algunos son bien conocidos, pero otros están dispersos por revistas que no suele consultar habitualmente el lector mayoritario de *Hispania*; además, se ofrece algún trabajo inédito y otros que han tenido una muy escasa difusión. En tres campos se reparten casi por igual los textos: historia del pensamiento económico, estudios monetarios, financieros y de economía internacional, e historia de la economía contemporánea española, donde se incluye su discurso de ingreso en la Real Academia Española. Dada la extensión del libro y la orientación de esta revista, la reseña se centrará especialmente en los temas primero y tercero. Carlos Barciela y Pablo Martín Aceña se han encargado de hacer la selección y una breve presentación en la que se hace referencia a la biografía de L. A. Rojo, a sus escritos principales y al patrocinio de la Universidad de Alicante en la publicación de este libro para conmemorar el 25 aniversario de esa institución.

El tema de la Historia del Pensamiento Económico se abre con una sección dedicada a Keynes; primero, un texto del tiempo en el que vivió, de su ambiente social y político, de su vida académica y de su papel renovador como economista; el segundo es un excepcional estudio de la economía internacional de entreguerras, “que combina la historia económica, la historia del pensamiento y la teoría monetaria, y donde aparece el contraste entre el pensamiento económico ortodoxo y las nuevas ideas de Keynes que pugnaban por hacerse hueco en el universo analítico de la economía de su tiempo” en palabras de los coordinadores. Como los otros tres estudios de pensamiento están dedicados a la Escuela Histórica Alemana (Schmoller), Marx y Veblen, no cabe duda de que se han reunido en este volumen colaboraciones que no dejan de ser, con mayor o menor intensidad, la *crítica a la economía política de su tiempo*. La exposición que hace Rojo de estos autores, más o menos heterodoxos, no se hace para mostrar el espejo deformado de la economía convencional, clásica o neoclásica, pues el autor sabe descubrir las aportaciones de aquellos que fueron grandes científicos sociales.

Un aliciente adicional para el historiador es la presentación de la historia contemporánea de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos desde perspectivas, si no desconocidas, sí poco transitadas dadas las barreras de las áreas de conocimiento. Constituyen un buen ejemplo las referencias de la sociedad victoriana y el grupo de *Bloomsbury*, la formación del primer Reich o de los movimientos reformistas de Estados Unidos a fines del XIX y el *New Deal*. Se comprenderá, pues, que la exposición de las principales obras de Marx, Veblen o Keynes estén siempre entrelazadas con los avatares de la sociedad y la política del momento. Cabe añadir que el lector inteligente se encontrará también con la oportunidad de refrescar sus conocimientos de filosofía o de pensamiento en general, bien se trate, por poner algún ejemplo, del utilitarismo de Bentham, de los neokantianos, la ética de Moore o el evolucionismo de Spencer. En resumen, en el libro que comentamos, la economía no se encierra en el reducto de los esquematismos ni, desde otro punto de vista, es “una simple gimnasia intelectual” –expresión de Pigou que recoge el autor para referirse a lo que no se dedicaron ni Keynes ni Marshall.

La figura del gran economista de Cambridge, tan interesante ya por el entorno en el que se educó, resulta aún más atractiva por su aspiración de conseguir una combinación razonable de eficacia económica, libertades individuales y justicia social. No se trataba de ninguna utopía. Como

muestra L.A. Rojo, en Keynes pensamiento económico y prescripciones prácticas van a aparecer crecientemente integradas, bien actuara como experto en Inglaterra o en Breton Woods, y en condiciones tan difíciles como las que impusieron la depresión y la guerra. En tales circunstancias se pusieron de manifiesto las principales características de su pensamiento: la tendencia a subordinar el largo plazo al periodo corto (“A largo plazo, todos habremos muerto”), su tentación de sacrificar los principios básicos en los que creía con tal de resolver las dificultades más cercanas y su propensión a subordinar la política económica al logro de niveles altos de empleo.

En los dos capítulos dedicados a Keynes en los que se comentan sus obras principales (desde *Consecuencias económicas de la paz* a la obra cumbre de la *Teoría General*) se invita al lector a descubrir la formación del pensamiento de Keynes a través de las diversas coyunturas a las que tuvo que enfrentarse (la postguerra, la vuelta al patrón oro de Inglaterra en 1925, la gran depresión). Se nos muestra así la capacidad de Keynes para ir articulando una teoría que hiciera compatible la confianza en el mercado con la intervención del Estado, pero no se le atribuyen más bondades de lo debido; sus ideas no se aplicaron en Inglaterra hasta 1941 y escaso papel desempeñaron en el *New Deal*: “la marea alta del rearme se encargó de resolver el problema del desempleo”, dice Rojo. Por otra parte no se oculta el balance ambiguo del keynesianismo aplicado en las economías mixtas de la postguerra: se acumuló entonces un activo considerable en términos de bienestar social, pero también se tendió a crear economías poco flexibles, proclives a la inflación y “dominadas por la imagen de un Estado que debe y puede hacerlo todo”.

El margen de heterodoxia establecido por Keynes (como por Veblen) respecto a la economía neoclásica se ensancha respecto a los clásicos al tomar en consideración del pensamiento de Marx. El artículo (“La crítica de K. Marx a la Economía política clásica”) fue publicado en el número monográfico de una revista dedicado a Marx, Schumpeter y Keynes en 1983, es decir, cuando la orientación de varios partidos comunistas y de sus intelectuales seguía amparando una lectura dogmática del pensamiento de Marx. El profesor Rojo da cuenta de las limitaciones del socialismo científico, en especial de la teoría del valor-trabajo, que se había tomado de D. Ricardo, y distingue bien lo que son problemas ideológicos y científicos: el análisis no permite afirmar que la absorción del excedente por el beneficio capitalista sea un *explotación* de los trabajadores, pero “la legitimación de la apropiación del excedente por los capitalistas puede negarse sin necesidad de asumir la teoría del valor-trabajo y sus limitaciones” (p. 377). En una línea de interpretación afín a la de Schumpeter el autor reconoce la relevancia que, pese a la inconsistencia de varias de sus proposiciones, siguen manteniendo los análisis de Marx “porque señalaron problemas y plantearon preguntas que continúan siendo actuales, avanzaron hipótesis fructíferas que, quizás aún en su invalidez, siguen inspirando la discusión y el trabajo de investigación, y señalaron caminos que permanecen abiertos” (p. 385).

Más que en el capítulo anterior es en el dedicado a “Historia y Economía en el Imperio alemán” donde se nos ofrece una visión de la Alemania del siglo XIX en la que la historia política, social y cultural se presentan sin yuxtaposición alguna. Se nos habla pues de romanticismo alemán, de la lucha de las fuerzas del Antiguo Régimen con el capitalismo industrial, del nacionalismo de la burguesía alemana, de la reacción a la revolución de 1848 hasta llegar al Estado prusiano que da cobijo a los intereses de los *junkers* y a los del liberalismo burgués. En ese clima donde se combinaba madurez tecnológica y atraso político Rojo sitúa la Escuela Histórica de la Economía, distinguiendo la “vieja” de la “joven” cuya figura principal es Schmoller. La utilización uniforme del individualismo utilitarista en el que se basaba la Economía Política inglesa y la prescripción universal de sus propuestas encajaban mal con el carácter histórico y la diversidad de instituciones que propugnaban los autores alemanes. El objetivo de la Escuela Histórica era fundamentar una futura ciencia de la Economía que huyera de las “generalizaciones prematuras” del liberalismo

inglés, sustituyéndolas por estudios históricos-institucionales, y por otra parte elaborar por esta vía un Economía impregnada de ética que proporcionase una base objetiva a la política reformista. Algunos de estos planteamientos (la Ética positiva) chocarían con los de Max Weber; según Rojo, desde la perspectiva actual, el haber provocado sus reflexiones metodológicas sería el principal activo de la Escuela. Sin embargo, vistas las últimas tendencias de la Nueva Economía Institucional, la influencia de la Escuela Histórica se amplía cuando se comprueba que autores como E. G. Furubotn y R. Richter se apoyan más en Schmoller o Sombart que en Veblen o en el institucionalismo americano en sus críticas a los neoclásicos, algo de lo que el autor no podía dar cuenta en un texto escrito hace más de veinte años.

No sabemos la influencia que haya podido jugar en el menor impacto de Th. Veblen (1857-1929), el condicionante de una biografía académica irreverente y provocativa de la que dio cuenta Heilbroner en su libro sobre los grandes economistas, aunque también cabe pensar que a medida que creciera la relevancia de Keynes, su influjo tendería a eclipsarse. Como indica el título del capítulo “Veblen y el institucionalismo americano”, Rojo habla de algo más que de Veblen y como es su costumbre nos ofrece primero el contexto que hace explicable el pensamiento de este autor o el de Commons o Clark. A medida que el gran capitalismo americano se alejaba de las virtudes de la competencia, más reconfortante resultaba la utilización que el pensamiento conservador hacía de la teoría social de Spencer: la sociedad avanzaba mediante una lucha social competitiva que seleccionaba a los “más aptos” entendidos como “los mejores”, es decir, la gran empresa. Ahora bien, esta sacralización del capitalismo de los “big business” generó grandes descontentos sociales y potenció un movimiento reformista que se alimentaba de diversas fuentes intelectuales, entre ellas la que se ha bautizado como el institucionalismo americano. Puesto que el capitalismo de Estados Unidos había dejado atrás el marco competitivo, en el que se seguía inspirando la ortodoxia económica, es comprensible que el pensamiento heterodoxo, del que Veblen es la figura principal, criticara la tendencia automática al equilibrio de los neoclásicos y se fijara más en las tensiones conflictivas entre grupos y en las instituciones.

En la descripción que el autor hace del pensamiento de Veblen se recogen sus aportaciones y límites que en cierta medida recuerdan a los de la Escuela Histórica: buena crítica a la economía política ortodoxa sin la alternativa de una articulación teórica y sistemática. Sin embargo, para el historiador no puede por menos de resultar atractiva la visión esencialmente dinámica de la vida económica, como un “proceso” cultural, la consideración del sistema económico como un sistema histórico sometido a un proceso de cambio acumulativo o la explicación del cambio tecnológico alejada del *homo economicus*. Frente al utilitarismo individualista de la Economía Política, se da primacía a las instituciones, que son “hábitos de pensamiento consolidados y comunes a la generalidad de los hombres que constituyen la estructura social”. Veblen, sin duda, alienta la pasión de quien se siente historiador, si bien, como señala el autor, la historia en la que se apoyaba pecaba de ser conjetural y especulativa. Buen crítico del capitalismo de las grandes corporaciones y de la incoherencia teórica y social que le daba soporte, el profesor Rojo opina que a Veblen le resultó difícil valorar los aspectos positivos del capitalismo, capaz de digerir los avances tecnológicos y de escapar a la depresión crónica. Este capítulo, que recoge el artículo escrito en 1970, no puede referirse obviamente a influencias muy fructíferas de Veblen al acabar el siglo XX; me refiero a los avances de la economía evolutiva (relación cambio institucional y tecnológico, dinámica no lineal, conductas no racionales, etc. a cargo de Dosi y otros) como a algunas orientaciones de la Nueva Economía Institucional.

En la sección dedicada a los estudios monetarios, financieros y de economía internacional, los coordinadores, según sus palabras, han reunido algunos de sus estudios monetarios y

financieros más destacados, “con aquellos asuntos que más le preocuparon y a los cuales, como economista de acción y como asesor de ministros y de gobernadores, quiso dar solución, o al menos proponerla”. Casi doscientas páginas ocupa esta sección en la que se encuentran seis trabajos donde se abordan las tasas de inflación en la Europa de los años setenta y ochenta, las razones del desempleo persistente en España, las transformaciones e innovaciones registradas en los mercados y en los instrumentos financieros y en las técnicas de control monetario. Contiene, además, un texto inédito sobre las bases teóricas de la política monetaria en las últimas décadas con el que se abre la sección, escrito en 2004, y otro sobre la Economía mundial en el fin de siglo; en ambos se recogen varias conferencias pronunciadas en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo. Ya he justificado la opción de centrar la reseña en las otras dos secciones; sólo cabe observar que estas páginas no suponen un corte brusco con las anteriores. Vuelven a aparecer referencias a Keynes y los fundamentos del Estado de bienestar, y por otra parte constituye una guía muy útil para seguir aspectos concretos como las políticas de ajuste que exigió la crisis de los años setenta del siglo pasado, la internacionalización de la economía, los diferentes modelos de crecimiento de Japón y Estados Unidos, etc. Creo que la visión ponderada del autor al opinar sobre la necesidad de una mayor flexibilización es la de que “no pueden utilizarse a modo de conjuros” las invocaciones a la libertad y el mercado: “los objetivos nunca podrán ser la vuelta al *laissez faire* o el desmantelamiento de las redes de seguridad existentes, sino el hallazgo de un nuevo equilibrio entre seguridad e incentivos y la revisión crítica de las intervenciones públicas” (p. 213). Alguno de los trabajos se escribió en 2001 cuando tenía lugar una fase bajista de la economía americana que se trataba de corregir con políticas fuertemente expansivas, lo que habría servido para popularizar el lema de *Todos somos keynesianos*. El autor, que ha escrito dos libros sobre este autor, advierte que “Keynes siempre recomendó políticas monetarias moderadoras de los auges excesivos para prevenir los graves males de las contracciones intensas” (p. 294).

En la tercera sección, dedicada a la historia económica y social de España, se reúnen cuatro trabajos. Dos de ellos están referidos a la historia económica del último cuarto del siglo XX; el tercero, de escasa difusión, se centra en la Unión Monetaria, y se trata de una intervención en el Almuerzo de Trabajo de la Asociación para el Progreso de la Dirección en 1996. Se defiende la idoneidad de que España se incorpore por razones económicas a la Unión y se opina que la pertenencia a Unión Monetaria supondrá sostenibilidad en las políticas de estabilidad y flexibilización. Cierra el libro el discurso “La sociedad madrileña en Galdós”.

Si de la docencia del profesor Rojo en Teoría Económica se beneficiaron “riadas de alumnos”, como se afirma en la presentación de C. Barciela y P. Martín Aceña, algo parecido ya se puede decir respecto a Historia Económica, pues los dos textos primeros han sido utilizados por alumnos y profesores dentro del programa de Historia Económica de España en las facultades de económicas. El primero, “La crisis de la economía española, 1973-84”, analiza las perturbaciones de la economía europea y española, teniendo en cuenta las peculiaridades de índole económica y política, que hicieron luego más adversa la evolución de la economía española. El autor divide el citado periodo en dos etapas, la primera de 1973-77 donde los efectos negativos del encarecimiento del petróleo se vieron incrementados por el clima de incertidumbre política de la transición; la segunda hasta 1984, caracterizada por las políticas de saneamiento, se encontró con dos dificultades adicionales, el nuevo impacto energético y el endurecimiento de las políticas europeas. Se trata de un breve estudio donde queda muy claro el coste económico de las opciones políticas, tanto las del capitalismo corporativo del régimen anterior, como las de la transición, tan preocupadas por la consolidación de las nuevas instituciones.

El segundo trabajo, “La economía española en la democracia (1976-2000)”, procede de un capítulo que forma parte de un manual de historia económica de España; con tal motivo los

problemas analizados son mucho más amplios que los referidos a la política económica. Se ofrece al alumno un panorama de los cambios demográficos y económicos, mediante los indicadores habituales del PIB y su distribución por sectores productivos. Se analizan igualmente los efectos de la apertura exterior de la economía en cada uno de los sectores y los de la liberalización del mercado de capitales y flexibilización del mercado de trabajo. En otros manuales de historia económica o de economía aplicada podrán hallarse descripciones más exhaustivas sin duda; la ventaja comparativa de este capítulo reside en la exposición de lo relativo a las actuaciones del Banco de España (las tensiones entre políticas monetarias y presupuestarias) y en la capacidad de síntesis para exponer los diversos episodios que jalonaron la integración de la economía española en la Unión Europea.

Finalmente, “La sociedad madrileña en Galdós” es el discurso que leyó el 1 de junio de 2003 en su recepción en la Real Academia Española y en él se nos ofrece el cambio social, económico y político de Madrid (pero en parte también de España) a través de la obra de Galdós, desde que llega a la capital en 1862 hasta principios del siglo XX. Eso supone conocer bien la obra de un autor, no precisamente reducida, y luego saber entrelazarla en un relato que integra los diversos cambios (el desorden urbanístico, el ascenso de la mesocracia, el relajamiento de principios y creencias...) con la biografía de Galdós que no se aleja mucho de la de otros liberales contemporáneos. Lo que resulta valioso en el caso de un escritor es comprobar cómo las vivencias que generaban incertidumbre y pesimismo (el sistema de la Restauración, la crisis de fin de siglo...) afectaban a su obra literaria, sin que esto significa que cayera en el pesimismo alentado por los regeneracionistas; Galdós combina el tono crítico con un futuro esperanzador a largo plazo. Ahora que vuelve a agitarse la cuestión de la educación religiosa conviene mirar atrás y leer de nuevo la observación de Galdós en 1901, el año del estreno de *Electra*: “sería largo de referir por qué serie de concesiones, verdaderas inocentadas del Poder público, hemos llegado a este predominio eclesiástico en la dirección de una parte muy importante de la juventud” (p. 545).

Este libro recoge parte de la obra dispersa de L.A. Rojo escrita en un amplio periodo (1970-2004) en el que han tenido lugar transformaciones muy importantes en la economía y sociedad de los países occidentales, incluido España. Sus páginas se hacen eco de esos cambios al tiempo que ofrece una visión de la sociedad, de la economía y del pensamiento en una etapa más alejada en el tiempo, la que va de 1870 a 1940 aproximadamente. Se me excusará que me haya extendido en la reseña de un libro tan complejo como éste en el que la explicación de los acontecimientos más próximos la hace un testigo tan cualificado mientras que la exposición de la historia del pensamiento de fines del siglo XIX y principios del XX encierra la virtud no hacer mera historia intelectual o genealogía de las ideas.

Ricardo Robledo
Universidad de Salamanca